

consonni

Gemma Ruiz Palà

Aulagas

TRADUCCIÓN

Concha Cardeñoso Sáenz de Miera
Gemma Ruiz Palà



Aulagas

A Remei, por darme las palabras.

A Rosa y a Nina, por dejarse engatusar.

Y a Josep, por fingir que no se dejaba.

Y a todas las Remeis, Rosas y Ninas a las que su padre, su hermano, su marido, su jefe, la iglesia o la historia han tapado la boca. Porque también ellas han hecho esta tierra.

Diez años ya

Me pilláis en Venecia. En el puente de Rialto, ¿recuerdas? Cómo no me voy a acordar, si fue donde tu abuela le compró esos guantes morados a tu madre. Estoy al teléfono con mi tía abuela Rosita, Rosa en *Aulagas*. Y le estoy hablando desde la ciudad que cierra este libro, caigo en la cuenta de repente. Me petrifico como un escalón más del famoso puente. Turistas por delante, turistas por detrás. Sigo absorta. Turistas por la derecha, turistas por la izquierda. Hasta que consiguen apartarme de enmedio. Me apoyo en la piedra que se asoma al Gran Canal para contemplar el ensueño. Y exhalo. Un gracias mayúsculo que se me escapa por la boca. Y que se licua en la noche veneciana.

La novela que tenéis en las manos fue sin querer, yo ya tenía una vocación, un oficio. O eso me parecía. Prestándome su historia, mi bisabuela, mi abuela y mi tía abuela —la única de la

cepa que todavía nos queda—, me regalaron otra vocación, otro oficio. Como si con la primera vida que me procuraron no bastara. Como si no hubiera estado ya suficientemente bien nutrida, bien aseada, bien plácida y bien colmada de caprichos. Una vida regalada, tal cual. Pues con sus respuestas a mis preguntas, con su memoria y su relato me regalaron otra. Esta vida de escritora que me tiene estrenando el año nuevo en la ciudad de los canales, en una residencia literaria donde planeo poner el punto final a la cuarta novela y las primeras palabras a la quinta. Cuarta novela. Quinta. La Gemma de antes de *Aulagas*, diez años ya, no se lo hubiera creído. Ni de coña. Pues allá voy. No sin antes haber revisado con todo mi esmero y mi cariño la novela que tenéis en las manos. *Argelagues. Aulagas*. Qué bien suena también.

Ojalá os susurre al oído como tantas lectoras y lectores me han contado que les pasó leyéndola. Ojalá os dé la impresión que son vuestras bisabuelas, abuelas, tías abuelas o madres, las que toman la palabra y sueltan lo que se callaron. O lo que nunca les preguntásteis. Ojalá en esta historia también veáis pasar la vuestra. Porque, al final, la lucha que atesoran las mujeres del populacho, nuestras ancestras, no es que sea la lucha de este país o del otro. Es que es la lucha de la humanidad entera.

Gemma Ruiz Palà

Venecia, enero de 2025

Antes de que empecéis

Remei Tantiña Solasagalés murió el día de Navidad de hace ocho años. Tengo grabada la escena de entrar en casa de mis abuelos y tener que consolarlos yo sola. Llegué la primera y me tocó fingir que sabía cómo funcionaba la muerte. También tengo grabado el ruido de la cremallera que encerró a Remei entera dentro de la bolsa de plástico negra. Y a los chicos de la funeraria, tan jovencitos, que no cerraron bien los postigos de su habitación. Yo, que espíe por un resquicio. Y el golpe seco del portón de la furgoneta en cuanto cargaron la bolsa con Remei. Esas imágenes tampoco se me borran. Diría que aquel día empecé a escribir este libro. Porque diría que aquel día me hice mayor.

Remei era mi bisabuela, y mucho más que eso. Aunque yo hubiera nacido en la ciudad, las raíces del campo no se arrancan tan alegremente. Cada cual vivía en su casa, pero era como si todavía estuviéramos en la masía, todos juntos. Veíamos a Re-

mei cada día del mundo. Ella es quien me enseñó todas las letras. Cómo pronunciarlas y cómo usarlas para defenderme. Quien te enseña a hablar te enseña el mundo. Su mundo. Y yo, sin darme cuenta, he mirado el mío con unos ojos que se abrieron por primera vez en Castellterçol el año 1906.

En estos últimos años me han preguntado muchas veces qué tenía de especial la vida de Remei para estar escribiendo un libro sobre ella. Mi respuesta siempre era la misma: nada. Nada de especial que no tengan las vidas de las mujeres de tu familia, decía. Y aquí, mi interlocutor invariablemente se callaba. Después venían los recuerdos. Uno te contaba la odisea de cómo su abuela había cruzado los Pirineos tirando de dos críos y un borriquito hasta llegar a Francia. El otro te confiaba a media voz que la suya había robado huevos a la vecina para dárselos crudos y todo al bebé que se le fundía en los brazos. Otro te describía horrorizado cómo habían rapado a su tía del pueblo para escarnio de un hermano suyo que se había hecho maqui. Y por cada conversación, una protagonista de novela.

Todavía estamos a tiempo. Todavía nos quedan mujeres-nada-especiales que guardan historias-nada-especiales. Vidas que se consideran pequeñas, por insignificantes y corrientes, pero que harían temblar las piernas al más valiente si se contaran igual que las proezas de los héroes oficiales que abrillanta la historia oficial. Pero hay que querer verlas.

Yo he querido ver la historia de Remei, entrar en ella y, si era necesario, enzarzarme. La nostalgia estorba si se quiere hurgar en los porqués. Y por eso he procurado escribir las cosas llamándolas por su nombre: si eran crudas, con crudeza, y si eran tiernas, con ternura. En una vida cabe todo.

Gemma Ruiz Palà

Barcelona, abril de 2016

El mundo está partido en dos

Tienen que poner buena cara. Y aguantar el solazo como sea. No moverse. Quietecitas. Ni un pelo. Como si estuvieran donde el retratista. O como si hoy fuera la feria de ganado y ellas el pavo más lustroso. ¡Que no se les deshagan los tirabuzones! ¡Que no les vaya ni una mota de polvo a las faldas! Estaría bueno, con el trabajo que ha costado. A ellas sí que les ha tocado el gordo.

Corre un año en que ha llovido a cántaros en Castellterçol. Esto quiere decir buenas cosechas. Y buenos negocios para los cardadores y los tenderos. Pero también que se han quedado sin parejas para la danza y el baile del cirio¹, mira tú por dónde. Y no hay suficientes zagales ni mozas. De los que cuentan, claro. De los que nacen con una marca que dice tú sí puedes bailar en las

¹ Baile tradicional de las fiestas patronales de Castellterçol en el que participan seis parejas de jóvenes. (Todas las notas son de la traductora.)

fiestas del pueblo. Y por eso se lo mandan hacer a los críos. Así que hoy todo el mundo va a mirar a las pipiolas. Y exclamarán ¡ooooh!, y enseguida buscarán en medio del gentío a una, dos, tres, a tantas madres como alcancen para decirles por señas la tuya es la más lucida. A ellas sí que les ha tocado el gordo.

Van de blanco de pies a cabeza. Pero no de un blanco cualquiera. De un blanco cegador. Mantellina, vestido, braguitas, viso, enaguas, zapatitos, medias, guantes, blondas y puntillas. Deslumbran tanto o más que las mayores. Por no hablar de la Reina de las Fiestas.

Blancas y recocidas, las pipiolas aguantan el tipo. Pero no hay mal que por bien no venga. Así le van cogiendo el gusto. Un día tendrán que lucir igual al lado de maridos y suegros. Y al lado de los tapices. Y de los cortinajes. Y de los cuadros. Sin decir ni pío. Sin mover ni un pelo. Como si estuvieran donde el retratista. O como si estuvieran en la feria de ganado. A ellas sí que les ha tocado el gordo.

Cae fuego, y con algo tienen que distraerse las pipiolas en esos minutos de asfixia. Se fijan en los músicos, que empiezan a quitarle el sueño al arsenal de vientos. Oyen carraspear a las autoridades con gargantas tan distinguidas como chimeneas. Ven abrirse una sombrilla por aquí. Cazan otra que se despliega por allá. Y bisbiseos. Y jaleo. Y sombreros de copa sudados que se calan. Y abanicos que repiquetean en pecheras. Chas chas chas contra los broches. No se dan cuenta de que pronto serán ellas las del chas chas chas. Pronto, muy pronto. Después de que sean elegidas, casadas, bendecidas y preñadas. Y dueñas, claro, dueñas. A ellas sí que les ha tocado el gordo.

¡Chis! ¡Hala, hala, que empieza el baile! ¡Mirad cómo hacen revolotear faldas y capas! Y mirad qué bien agarraditas van del brazo de los pipiolos. A ellos también les ha tocado el gordo. Repeinados, endomingados, guapos a rabiar.

Y ella ya mira, ya. Los ve como figuritas, desde atrás. Pero no pierde ripio. Y sabe muy bien lo que quiere decir cada movimiento de la danza. Un pasito: cuatro comidas buenas al día. Punta: criadas por un jornal mísero. Reverencia: mozos por miseria y media. Talón: buena ropa y mejor jabón. Otro pasito: billetes a manta.

Remei tiene la misma edad que esas pipiolas. Es nacida allí mismo. Tiene piernas y brazos para bailar igual que ellas. Y piel y sudor para soportar el bochorno igual. Pero es como si no existiera. Ni aquel último domingo de agosto ni ningún otro. Ella es de campo, e hija de jornaleros. Más abajo... más abajo solo está el ganado.

Que el mundo está partido en dos, Remei lo sabe desde el día en que nació. Ricos y pobres. Señores y populacho. Buenafés y desalmados. Cabales y bobos. Agraciados y contrahechos. Y también sabe que en Castellterçol pasa otro tanto. Una cosa es el pueblo. Otra, las masías. Nadie se confunde. Nadie se mezcla. O eres de unos o eres de los otros. Y hecha está la raya.

En la parte de la montaña, esos vestidos tan blancos y tan finos ni se huelen. Remei lleva harapos, muchos días ni bragas. Y los zapatos los mendiga. Menos mal que está Filomena. ¡Cuando se te queden viejos, para mí! Y qué bien el día que se los da. Aunque Filomena tenga el pie más grande. Aunque Remei los pierda por el camino. O eso, o las alpargatas de cintas raídas. O descalza. Si no, ahí iba a estar ella viendo el baile tan de lejos.

Remei es tan pobre que no tiene ni amigas. Y con Filomena se conforma. Una buena muchacha, la hija de La Ginebreda. Es la única casa que Remei ve desde la suya, Les Canals. Era una masía a punto de derrumbarse cuando sus padres se la alquilaron a Oller, el dueño de todo. Para tener medio techo y poder casarse. Pero menuda miseria, Les Canals. Lo único que tiene es sol. De eso sí, para dar y tomar. Lástima que el sol no alimen-

te. Remei preferiría la umbría de La Ginebreda. Si eso quisiera decir su calzado y su banquete, desde luego. Ellos pueden tener buena carne y zapatos gracias a las pozas de hielo, aquellas jaulas que encierran congelada el agua más dulce y más limpia de los ríos. Y que tan bien les viene a los señorones de Barcelona.

Castellterçol es el mejor criadero de hielo que hay. Justo porque es el único pueblo a una noche de Barcelona en el que hiela todos los días, ya ves. Pero el hielo no se hace solo. Y Castellterçol también tiene que ser el mejor criadero de poceros. A mediados de octubre ya empieza el trasiego de hombres en los pozos. Hombres fuertes, valientes. Y desdichados. El padre de Remei, sin ir más lejos. Busca ganarse unos reales cuando Oller, el dueño de todo, no necesita más brazos en las tierras. Y hala.

Lo primero, limpiar la mierda. Tienes que sacar toda la hojarasca del año. Cuando están desbrozadas, prepara las balsas. Es ahí donde se harán las losas cuando hiele. Y el padre de Remei espera el frío. Y cuando hiela, ay, cuando hiela. Entonces sí que se las ve negras. Llega la hora de empozar. El momento del calvario. Tiene que pescar las losas de hielo que haya criado la balsa y amontonarlas en pisos en el pozo. De una en una. Que no se le resbalen. Que no se le agrieten. Y, sobre todo, que no se le queden enganchadas. Si se pegan dos, cagada. Y el padre de Remei se quema las manos trajinando esas placas, apilándolas a fuerza de brazos. Son grandes como burros. Y picudas, las muy cabronas. Se deja el pellejo para que salgan de la madriguera mansas y enteritas cuando llegue el momento. Que para colmo siempre es de noche, y no se ve nada. Y siempre es un ¡hala, hala, rápido, rápido, que el carro tiene que irse a Barcelona! Como el santo advenimiento, esperan en la ciudad el agua congelada de Castellterçol. Tú dirás.

El hielo será para los del otro lado de la raya, para los más distinguidos. Para los que siempre están a la última. Esos sí

que saben aliviarse el calor de después de comer. Ya lo creo. En las mejores casas de Europa ya lo hacen. La delicia consiste en echar un trozo de hielo en la taza del café. ¡Tan sencillo y tan extraordinario! Por más maniáticos que les parezcan a las criadas que se lo preparan con todos los pormenores de un ceremonial. Una simple lonja de hielo hecha añicos en la salsera, ni más ni menos. Pero el pavo de Navidad no lo miran con esa cara, no.

Su trabajo les cuesta a las criadas atraparlos. De uno en uno, que no se les escabullan. Ni vaya uno a parar al ojo de nadie. Ni a ningún escote. Las pobrecillas dan vueltas y vueltas y hasta sacan la lengua del esfuerzo. ¡Uf, ya está! Ya pueden dejarlo caer en las tacitas. Clin, tenga su café, señor tal. Clon, tenga su café, señora cual. Y ¡con qué gusto se lo toman! Se lo tragan enterito, sin dar tiempo siquiera a que se derrita. Y después se miran. Y ponen los ojos en blanco. ¡Como si les hubiera parecido formidable! Y ya no se habla de otra cosa en esa sala tan peripuesta. ¡Por dios, qué zoquetes los que todavía se toman el café ardiendo! ¡Con el bochorno que hace! ¡Hay que ver! ¡Qué ignorantes!

Encerradas en la cocina, las criadas se mean de risa. No se les van de la cabeza los apuros del señor tal y de la señora cual. ¡Qué muecas ponían! ¡Han tenido que echarse tres y cuatro cucharadas de azúcar a escondidas! ¡Les sabía a rayos, ese café tan frío!

Remei no tiene ni idea de que el hielo que hace sudar a su padre sea para aguar el café de Barcelona. Pero también ve cosas estrafalarias, también. Empiezan a pasar cuando llega el verano. Cuando llegan ellos. Y estos sí que son harina de otro costal. A Remei le parece que una raza de ganado como esa solo puede ser nueva de ahora.

Con el buen tiempo los descargan y los reparten por el pueblo. Cebados y abrevados, los sueltan. Y se los encuentra en

todas partes. En los alrededores de la Fonda Prudencio. Saliendo del Cafè de l'Amistat. En las tiendas. En los caminos. En las fuentes. Siempre que los repasa lo ve, que no son del todo como los de allá. Del otro lado de la valla sí, pero de otra raza. Por fuerza. Con esa cara tan blanca y fina. El pelo tan bien cepillado. La lana de la mejor clase. Remei nunca había visto un rebaño así, como recién salido del envoltorio. Ni que pastoreara por el puro gusto de pastorear. Sin prisa por ir a otro sitio. Sin tener que amorrarse al suelo. La cabeza siempre alta. Y venga a mirarlo todo, como si se lo quisieran aprender de memoria. Que ya me dirás qué es lo que deben de tener ahí dentro. Porque de este ganado se dice cada barbaridad...

Remei tuvo un rebaño de esos delante de las narices. Fue una tarde en la era de la casa que por techo tiene una roca, Esplugues. El hermano mayor de Remei acababa de casarse con Dolorettes y la habían alquilado para trabajar de masoveros. Con su madre y su hermana menor, Maria, fueron a llevarles una cesta de ciruelas. No las hay tan dulces en aquellos aledaños. Es el sol de Les Canals, que las vuelve confitura. Y es la madre de Remei, que mima ese ciruelo a más no poder. El hijo mayor tiene debilidad por las ciruelas, y la madre de Remei la tiene por él. Si fueran cerezas lo que le perdieran, habría ido al fin del mundo para encontrarle un cerezo.

Se acercan sobre todo para verlo a él, y va y resulta que el hermano mayor está en el establo. Ajo y agua. Por lo visto, está ayudando a una vaca a parir. Y la madre tiene que pasar el mal rato de quedarse a solas con la nuera. Y tragársela. Dolorettes es rubia, guapa donde las haya y seca como ella sola. Descuida darles un beso. No estoy para visitas, es lo primero que les suelta. Que está de trabajo hasta arriba. Que se enteren, que se enteren de que estorban. ¡Ay, menuda es Dolorettes!

A Remei siempre le gusta pegar el oído cuando los mayores cuentan chismes. Pero hoy prefiere jugar con Maria y con los dos cachorritos que han salido a recibirlas. Y que les hacen las gracias que les escatima Doloretas. Lo único que le sacan a esa rubia desdeñosa que se ha casado con su hermano mayor son desaires. Los perros también lo saben, también. Por eso procuran no rondarle cerca. Doloretas no se anda con bromas, si le estorban, les pega cada coz que quedan turulatos.

Y juega que jugarás, Remei, Maria y los cachorritos van camino de la era. Y allí ven el panorama. Son un rebaño de doce, y hacen corro alrededor del que parece que más entiende. Todos lo escuchan embobados. Como si estuvieran a punto de oír el secreto de la Virgen de Lourdes.

¡Pintoresca! ¡Excepcional! ¡Única! ¡No habrán visto nada igual en su vida, señores míos! ¡Observen, observen! ¡Ni una teja! ¡Ni un cañizo! ¡Es la roca viva! ¡La roca viva que, generosa y afaible, se presta a cobijar a las almas que se han refugiado aquí desde la noche de los tiempos! ¡Miren, miren! ¡Miren y maravíllense! ¡Y no se olviden de hacerse un retrato, señores míos! ¡Por cuatro reales de nada, nuestro fotógrafo dejará testimonio de la gran suerte que han tenido por haber visto esta extraordinaria masía! ¡No se escatimen el placer de llevarse a casa semejante prueba de vida ancestral! ¡Y cuéntenlo! ¡Cuéntenles a sus conocidos que no hace falta ir al África para saber de dónde venimos! ¡Señalen la foto y explíquenles que aquí vivieron los primeros hombres!

Remei mira a Maria con los ojos como platos. ¿Lo has oído, Maria? ¿Y tú lo has entendido, Remei? Les parece increíble que la casa donde hace de masovero su hermano mayor pueda ser todas esas cosas. Y que sea la niña de tantos ojos. Y que tanta gente suspire por retratarse allí.

Y ahora sí que el rebaño se va a poner las botas. Ahora sí que sí. Se ve movimiento en la casa que por techo tiene una roca, y

se apresuran a preparar los catalejos. Se dan todos la vuelta y enfocan al hermano mayor de Remei, que sale satisfecho del establo, silbando. Eso sí, va hecho un cromo. Manos, brazos y ropa le chorrean todos los jugos del nacer. Y enseguida ve a su madre. ¡Lo que nos ha costado que saliera! Cagüendios, el ternerín, ¡cómo nos ha hecho sudar! Y sin pensar en limpiarse, corre a darle un abrazo tan grande como la alegría que le da tenerla ahí.

Una estampa que ni pintada. ¡Oh! ¡Fíjate cómo se abrazan esos dos! ¡Oh! ¡Y con las pintas que ha salido él! ¡Oh! ¡Ojo que no venga ensangrentado de algún ritual! ¡O de matar al lobo! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Unas gotas de sangre y una pizca de humanidad, tremenda munición para la expedición. Guardan un silencio de misa y todos los catalejos se retiran. Todas las manos que hacían visera se esconden. Hasta el fotógrafo deja de retratar. Todos saben reconocer un momento tan solemne.

Señores míos, lo que acaban de ver es... ¡es extraordinario! Por techo aún tienen una roca, sí, y por modales los de la vida salvaje, pero sentimientos... ¡Sentimientos no les faltan! ¿Y no nos revela todo esto quiénes somos y de dónde venimos? Lo que acaban de presenciar, señores míos, es... ¡es formidable!, dice con los ojos empañados el que parece que más entiende. ¡Lo que acaban de presenciar es un viaje en el tiempo! ¡Al mismísimo corazón de los orígenes del hombre! Y ahora hasta le salta una lagrimita. No nos creerán cuando lo contemos en Barcelona, lloriquea, no nos creerán... Y el aplauso que resuena en la era de la casa que por techo tiene una roca, Esplugues, para sí lo quisieran en el Liceo una noche de estreno. ¡Ni cuando el tenor Viñas cantó aquel señor Parsifal!

Ay, si el hermano mayor y Dolorettes cobraran por todos esos ohs. Las perras que sacarían de la bandada de forasteros en misión antropológica. A montones. Pero el hermano mayor

y Dolorettes tienen trabajo más que de sobra con la masía. A los de esta mitad del mundo no les vengas con hacer el pasmarote, que no hay tiempo para bobadas. Más bien los toman por locos, a los veraneantes. No salen de su asombro de que lleguen tantos y tantos las tardes de verano.

¡Cagüendios, aquí os quiero en pleno invierno, en la casa que tanto os encandila!, refunfuña el hermano mayor en cuanto los ve. ¡Cagüendios, cuando hace ese frío de mil demonios! ¡Cuando por más que te arrimes a tu mujer y calientes la cama con un brasero no hay tutía de dormir en toda la santa noche! Cagüendios, en verano sí que le veis todos los encantos, tropa de fantoches... ¡en verano sí que sí!

La Reina de la Escudella

A Remei la crio una burrita. Hasta que se la quitaron para llevarla a otra masía. O para sacrificarla. Y ya no volvió a beber leche nunca más. En Les Canals solo había para una comida al día. Y para plato único. Ni se les pasaba por la cabeza que pudiera haber horas intermedias llamadas desayuno y merienda. Ellos lo llamaban come todo lo que arrambles cuando lo arrambles. Y mientras quede. Su madre solo tenía para hacer escudella. Si era de calabaza, pues de calabaza para todo el día. Si era de cebolla, pues de cebolla para todo el día. Y si era de hierba cantamañanas, pues de hierba cantamañanas para todo el día. A llenar el buche y a callar.

En Les Canals la carne solo se soñaba. Ir bien quería decir que su madre podía echar cuatro judías a la escudella. O un puñadito de arroz. O de fideos gordos. Y se acabó.

El no va más era que su madre les dejara compartir la cena con los cerdos. Si calculaba que ya tendrían suficiente, apartaba del caldero dos o tres patatas. Y para Remei y sus hermanos esa noche era fiesta mayor. Todavía quemaban, y ya se las habían zampado. No podían esperar a comerse aquellas santas patatas con piel.

El pan era asunto de Oller, el dueño de todo. Algunos días se levantaba muy católico. Toma, Tantiñà, para tus hijos, que por un día coman como dios manda. Y le daba una saca al padre. Dentro se desconchaban unos mendrugos de hacía muchos días. Los que se habían quedado como piedras.

Con la tripa tan vacía, normal que Remei no se pirrara por la fiesta del pueblo. El baile y la Reina de las Fiestas le parecían bonitos, sí. Pero, ¡ay el Carnaval! ¡El Carnaval que no se lo toquen! Hasta sueña con él. Y qué largo se le hace esperarlo todo el invierno. Ese día es la primera que se levanta. Salta del camastro y se va directa al cajón donde la madre guarda los trapos que ya no sirven ni para vestirse. Rebusca, revuelve y se lo lleva todo de un tirón. Hoy no tiene que verla nadie. Nadie que no sean los que sí que la tienen que ver.

En el establo se viste como puede. Está oscuro, y no encuentra ni un triste trozo de cristal limpio para verse entera las pintas que lleva. Pero está el abrevadero. Y se asoma. Se mira. Arruga la nariz y se moja las manos. Que el pelo también le quede bien pringoso. Cuando cree que ya está bastante adornada, sale de casa como un dardo.

Jadeando, avista el pueblo y el alboroto de gente. Aprieta más el paso. Llega a la plaza Vella y se pone a la cola. A ver si hoy no habrá bastante para todos, se teme Remei. Críos, jóvenes, viejos. Hoy las familias se tocan unas a otras. No es la única que sueña con el Martes de Carnaval.

¡Y menudo efecto hacen las galas que se ha puesto Remei! No hay nadie que no la mire. Ni que no le dé un codazo al de al lado. Ni que no se azore y suelte un cagüen por lo bajo al verla. Y al olerla. Sobre todo al olerla. Ella no se da por aludida ni desatiende lo que se cuece. Ya es casi el momento y no hay que embobarse.

Sale el cura a bendecir tan divina abundancia. Y ahora un ricachón del pueblo quiere meter baza. Será para quedar rebendecido. Qué plumazos. A Remei le salen telarañas. El ricachón dice por fin la última palabra. Ya era hora, piensa ella. Y ahora sí, ¡ya puede empezar la fiesta!

Un día al año, el Castellterçol rico, decente y buen cristiano se deja ver. Y saca a la calle perolas, manduca, cucharones y una flota de esforzadas escudilladoras. Señoras de las familias más importantes, principalmente. Un día al año las señoronas se dignan a llenar el buche de los desgraciados. De los muertos de hambre. ¿Y no es bonito que todo el pueblo vea cómo se arremangan? ¿Y cómo sudan para ayudar a los que dios ha hecho tan cortos de entendederas, pobrecillos? Y tan holgazanes, pobrecillos. Pues no se hable más, platos arriba y ¡que hoy la escudella corra como el agua! ¡Y que nadie se quede sin probarla! Mañana... mañana cada mochuelo a su olivo. Mañana no habrá ojos mirando. Mañana, que les den.

El primer plato que le llenan a Remei le vale más que todas las pesetas del mundo. Y no solo porque esté lleno hasta los bordes. Ni por lo espeso que está de tanto arroz y fideos como han echado. A Remei le lloran los ojos por lo que ve flotando. Son unos cachones de butifarra tan hinchados que revientan por el medio. Unos cachones de butifarra tan gordos que no cabrían en la cazuela de casa. Unos cachones de butifarra tan ricos que por eso siempre son otros quienes se comen los cerdos que cría su madre.

Y como si cada mordisco fuera el fin del mundo, Remei parece que no está. Se sosiega un poco para no hacer el ridículo, pero ni oye siquiera. Tienen que llamarla cuatro veces hasta que se da la vuelta.

Es la señorona que le ha servido la escudella quien la reclama.

—¡Oye, reina! —*De la manera que va, hecha un cristo, se nota que no come caliente desde hace días, piensa—*. ¡Aquí, aquí, guapa! —*Dime tú si no es triste, traer hijos al mundo para dejarlos de la mano de dios y que tengan que asalvajarse por los caminos—*. ¡Mocita, cuidado, no te vayas a asfixiar! —*Dios nos libre de encontrarnos con estos bribonzuelos famélicos, atacan como lobos—*. ¡Anda, bonita, come tranquila, que cuando te termines ese plato te lo vuelvo a llenar! —*Da escalofríos solo verlos, sucios como zorros y apestosos, ¡puaj!, y medio despechugados por falta de una batita decente que ponerse...*

La señorona del cucharón intenta disimular el asco como puede, mira a Remei con una sonrisita y remueve otro poco el caldero. Y ¡hala, escudella para todos! ¿Más butifarra, bonita? Pero Remei ha sabido leerle ese padrenuestro de hiel. Lo ha entendido de sobra. Y ahora le entran ganas de reírse. Qué pillina le parece que es... Qué bien se ha vestido de pedigüeña errante... Anda que no se ha disfrazado bien. ¡Ay, si la vieran en casa, oliendo a estiércol de esa manera! ¡Y de barro hasta arriba! La que le caería encima si la pescaran hecha un pingo en medio del pueblo..., se ríe por dentro. ¡Aquí está la Reina de la Escudella! Ojalá fuera Martes de Carnaval todos los días.